

## LA MARGARITA DESHOJADA

Los visones perdieron esta vez su hegemonía. Pero estuvieron presentes y se pasearon muy orondos por los foyers del Colón. Entreverados, se codeaban con todo tipo de atuendos, como lo impone la heterogeneidad actual de la moda, la misma que le impuso al teatro la fisonomía de un mercado persa. El pretexto de la cita fue la iniciación de la temporada lírica, con la reposición del *Fausto* de Gounod, que no se escuchaba aquí desde hacía 15 años. "Y no hacía falta", comentó a la salida, cuatro horas y media después de haber comenzado, una empedrada señora mientras esperaba su Peugeot bajo la marquesina. Para colmo llovía. Pero los intervalos fueron largos, lo suficiente para compensar el tedio con dos jugosas *promenades*: la principal motivación, tal vez, que mantiene la vigencia de la ópera tradicional. El último reducto que queda para la frivolidad palaciega *d'altri tempi*, desde que las embajadas y los salones practican una actividad social cada vez más chirle.

Cuando se estrenó *Fausto* en el viejo teatro Colón de Plaza de Mayo en 1866, siete años después de su estreno mundial en París, fue un acontecimiento espectacular. Su solo anuncio movilizó un público que viajó, incluso, hasta desde Río de Janeiro, para presenciar el evento. La época lo imponía. La *grand opéra* constituía una inquietante delicia palatina. A falta de cine, y en parte hasta de buen teatro, las gentes se aliviaban participando en el juego de la fábula y el gorgorito. Algo que algunos músicos notables, no todos, llegaron a hacer con mano verdaderamente maestra, a veces genial. Toda

la *belle époque* gozó de estos escozores con lujuriosa placidez. Pero el tiempo no pasó en vano. Y si se está con el tiempo, es preciso reconocer que lo que no es perdurable ni vigente ha envejecido, si no ha muerto. Y *Fausto*, precisamente, será una obra maestra para la historia del arte lírico pero no lo es para la historia del arte. A lo sumo representa su época con vigorosa personalidad: de allí el éxito que le garantizan los que se resisten a constatar la realidad actual. Pero avestruces hubieron siempre y los seguirá habiendo: algo que les asegura a los teatros como el Colón una perdurabilidad reconfortante, porque pueden cumplir su cuota de museo y a veces actualizarse con obras más compaginadas con la sensibilidad actual. Cosa que el Colón hace, felizmente, para regusto de tirtios y troyanos.

En esta oportunidad el Colón puso todo el peso de su rica maquinaria teatral al servicio de la obra y agrupó un elenco de características trascendentes. *Fausto* fue muy bien servido. Sobre todo en el aspecto escénico aunque ciertas marcaciones del regista Nathaniel Merrill pudieron parecer ingenuas y otras directamente absurdas. Vocalmente se contó con un plantel de firulete: el bajo Nicolai Ghiaurov, que debutaba, no es la maravilla que repican desde fuera, pero sí es un excelente cantante y un buen actor. Como el tenor Nicolai Gedda, que sin alcanzar en escena la magnitud que le confiere el disco, trasunta una nobleza admirable. La soprano Heather Harper completó el trinomio en discordia que propone el cuento, con momentos felices, más en lo vocal que en lo escénico. Tulio Boni retornó al Colón con el pie derecho: su coro, amotinado horas antes, le respondió bien, un hecho auspicioso. Mucho menos que la pretendida voluptuosidad de la *Noche de Walpurgis* (séptima escena), pensada más bien por una antigua dama de la Sociedad de Beneficencia que por el mismísimo Mefistófeles. ⊕



La noche de Walpurgis en l'illustration, después del estreno.



Showgirl Pardés: Soñar distinto.

## MUSIC-HALL

### DINA DI BIANCA VESTITA

LA CIUDADANA, canciones por Dina Pardés. Auditorio del Edificio Cultural San Martín.

Casi por cábala, aparece así desde que se presenta en público: con una belleza clásica que concilia lo hebreo con lo helénico. Dina Pardés ataca su recital bajo una larga túnica blanca. Abriendo y cerrando el *show*, *La ciudadana* contagia a las otras canciones de su sabor a nuevo soñador porteño: es la composición más reciente de su esposo, Tito Rubinstein, descendiente de una de las dinastías más prolíficas de la música popular local.

No es raro que la platea breme de entusiasmo con el últimamente más difundido tema de Tito, *Qué difícil es vivir entero*, con el que la grabación de Carlos Bisso llegó a fatigar el oído. Ahora, en esta notable voz femenina y con el sutilísimo arreglo instrumental de José Luis Castiñeira, la canción se deja escuchar nueva, como si sonara por primera vez.

Pero el momento más feliz del espectáculo es, tal vez, la exhumación de *Humanidad*, un bolero con el que Rubinstein ganó el Festival Interamericano de la Canción, en 1965. Aquí (apoyándose en el saxo del mitológico Arturo Schneider, la batería de Lapouble, la guitarra de Erlich y el bajo del propio Castiñeira), la palabra cobra su valor, *dicha* por una actriz —Dina estuvo en el elenco estable del Habima, de Israel— pero modulada por una cantante. Hay algo, además, de la tradicional vocalización abierta del Caribe.

Incluidos varios "porteños" de Cuzzani, el 4º piso del San Martín se inundará el jueves, nuevamente, de esta Dina Pardés que no tardará en acuñar un *hit*, porque "tengo veinticinco / y aprendí a soñar distinto". ⊕